

Miguel Delibes, de Valladolid al cielo

Marisa Regueiro

cultura

El 12 de marzo último la ciudad de Valladolid despidió en un multitudinario, sincero y sentido homenaje a uno de sus más leales e ilustres hijos por mérito propio, el escritor Miguel Delibes Setién. El mundo de las letras en lengua española ha perdido a un clásico del siglo XX, y se ha quedado huérfano con la pérdida de su voz, que por la riqueza y originalidad de su obra, por su ejemplo vital y su insobornable dimensión ética personal, se ha constituido en un referente de lo mejor de la Literatura universal.

Permanecerán sus más de sesenta libros y las entrevistas en las que desplegó antes que nadie una conciencia ecológica basada en el genuino amor a la naturaleza, vivido y totalmente ajeno a hueras proclamas oportunistas; nos quedan sus páginas periodísticas, sus crónicas, su ejemplo. No es posible la exhaustividad en la evocación de una obra tan rica, ni de su figura, del *cazador que escribe* según propia definición, reveladora de una modestia sólo atribuible a los grandes de verdad; pero sí cabe el recuerdo de algunos de los momentos más importantes de su trayectoria vital, recuerdo obligadamente agradecido por las muchas horas de placer lector que nos han proporcionado sus obras, por la profundidad y la humanidad de su mensaje.

Orígenes y los primeros años

Como a él mismo le gustaba recordar, el origen de su familia fue el amor que hace su aparición en el momento menos esperado. Su abuelo, el técnico francés Frédéric Delibes, que había llegado a España con el propósito de tender la vía férrea Reinosa-Santander, se enamoró y se afincó definitivamente en España: «... en un tramo donde hay un túnel muy largo, que es el de Molledo-Portolín, se conoce que se distrajo demasiado tiempo, y allí conoció a mi abuela, se enamoró, le dio tiempo a casarse, y ya nunca regresó a Francia, porque se encontraba aquí muy a gusto»¹.

El padre de Miguel Delibes, Adolfo, catedrático de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio, se casó con una joven burgalesa que conoció en Valladolid y transmitió a sus hijos su amor por el campo, la caza, el deporte al aire libre heredado del abuelo. Miguel, el tercero de ocho hermanos, nació el 17 de octubre de 1920 en Valladolid, cursó los estudios primarios con las Hermanas Carmelitas de su ciudad, el Bachillerato en el Colegio de Lourdes regido por los Hermanos de La Salle, y modelado y

dibujo en la Escuela de Artes y Oficios. La Guerra Civil lo sorprende mientras estudia Peritaje Mercantil y en 1938 termina alistándose en la Marina, a bordo del crucero *Canarias*, en el que es testigo estremecido de la contienda fratricida desde alta mar, como recuerda en *Un castellano en tierra adentro*.

La dura posguerra le obliga a elegir una carrera que pudiera estudiarse en su ciudad natal, y a depone su pasión por el estudio de la Naturaleza: «No conocía una carrera donde se estudiaran los animales y las plantas –entonces esto de las carreras estaba poco especializado–, así que operé por exclusión». Se quedó con dos carreras que no le gustaban: Derecho y Comercio. En 1941, y gracias a su talento como dibujante, trabaja como caricaturista en *El Norte de Castilla*. Su primer artículo, «El deporte de la caza mayor», anticipa su dilatada trayectoria periodística. En 1942 oposita y consigue trabajo en el Banco de Castilla, que desempeña sólo por seis meses. La depuración de varios compañeros del periódico tildado de liberal de izquierdas por el Tribunal de Represión contra la Masonería y el Comunismo, deja un espacio vacío que ocupará en 1944 como redactor de crítica de cine, con el seudónimo de Max, tras realizar un curso acelerado en Madrid para conseguir el carné de pe-

¹ SOLER SERRANO, JOAQUÍN, *Escritores a fondo. Entrevistas con las grandes figuras literarias de nuestro tiempo*, Barcelona, Planeta, pp. 17-18.

riodista. Según su testimonio, «de golpe y porrazo, me vi como redactor de *El Norte de Castilla* cuando nunca lo había pretendido».

En 1945 consigue por oposición la cátedra de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio, y descubre su vocación literaria a través de uno de los textos –del orteguiano Joaquín Garrigues– que debe memorizar para la prueba. «Era éste un estilo preciso, brillante, que de repente, aun tratando de materias tan áridas, se iluminaba con una metáfora rutilante». Como expresó en más de una ocasión, «(...) entre don Joaquín Garrigues, *El Norte de Castilla* y mi mujer, quien era muy aficionada a los libros, lograron que naciese mi afición a la literatura»².

Vocación literaria y vida familiar

La seguridad económica y el tiempo de fundar una familia junto a su novia Ángeles de Castro, con la que se casa el 23 de abril de 1946 y con la que tendrá siete hijos, coinciden con el afianzamiento de la vocación literaria. El premio Nadal concedido a su primera nove-

la, *La sombra del ciprés es alargada*, en 1948, es el comienzo de lo que denominaba «*mis vicisitudes como escritor*». La burocracia del régimen afea su segunda novela, *Aún es día* y su manual *Síntesis de Historia de España*, escrito para sus alumnos. Pero es su tercera nove-

sus continuos

enfrentamientos con las autoridades y la censura en el periódico lo llevan, por dignidad personal, a dimitir como director de El Norte de Castilla, aunque siempre hubo de mantener el contacto y la colaboración; siendo director del periódico acertó en escoger y apadrinar a jóvenes colaboradores como Francisco Umbral, José Jiménez Lozano, César Alonso de los Ríos o Manu Leguineche

la, *El camino*, la que lo afianza definitivamente como escritor reconocido. La familia va ampliándose con el nacimiento de sus hijos, y

² Entrevista. Vídeo, Serie *Autores españoles contemporáneos*, Centro de las Letras Españolas, Ministerio de Cultura, 1987.

en 1952 es designado Secretario de la Escuela de Comercio y Subdirector de *El Norte de Castilla*.

A partir de entonces, publica prácticamente un libro por año, no sin antes luchar con los límites impuestos por la censura. Salen a la luz las novelas *Mi idolatrado hijo Sisí* (1953) y *Diario de un cazador* (1955), por el que obtiene el Premio Nacional de Literatura; el libro de relatos *La partida* (1954).

Cultiva también el género de viajes, con *Un novelista descubre América (Chile en el ojo ajeno)*, tras un recorrido por el país andino invitado por el Círculo de Periodistas de Chile, en 1956. La colección de relatos *Siestas con viento sur* recibe en 1957 el Premio Fastenrath de la RAE; *Diario de un emigrante*, continuación de *Diario de un cazador*, coincide con su nombramiento como director de *El Norte de Castilla* en 1958; y al año siguiente sale a la venta la novela *La hoja roja* (Premio Fundación Juan March), en la que la metáfora de la vejez y el paso del tiempo representado en el papel que anuncia el fin del tabaco de liar al viejo Eloy, adquiere un tono existencialista profundo que contará, años más tarde, en 1985, con su versión teatral. Participa en el Congreso por la Libertad de la Cultura en París y amplía su presencia internacional a través de la traducción de sus obras a otras lenguas.

El nombre de Delibes trasciende fronteras y géneros. Con grabados de Jaume Pla, en 1960 publica 150 ejemplares de *Castilla*, las crónicas rurales que en 1964 aparecerán como *Viejas historias de Castilla la Vieja*; y la crónica viajera *Por esos mundos: Sudamérica con escala en Canarias* (1961), en la que, por ejemplo, su peculiar mirada sobre Buenos Aires, la *ciudad desmesurada*, acierta en la crítica: «Buenos Aires ha levantado un aeropuerto gigante, de una capacidad exagerada. Aun dando por bueno el argumento de que el aéreo será el transporte del futuro, Buenos Aires en este punto hace el efecto de que se ha excedido... resulta incontestable que a Perón se le ha ido la mano. El aeropuerto bonaerense viene a ser uno de esos excesos monumentales tras los cuales los dictadores encubren su mediocridad»³.

Crónicas de sus viajes por Alemania, Francia y Portugal son también las incluidas en *Europa, parada y fonda* (1963).

En 1962, asombra con *Las ratas*, una de sus novelas emblemáticas en la que se manifiesta narrativamente su crítica social al estado de abandono e ignorancia de las gentes del campo castellano, y con la

³ *Por esos mundos. Sudamérica con escala en Canarias*, Barcelona, Destino, 1961, p. 25.

que consigue el Premio Nacional de la Crítica. El narrador puede sortear así la censura que sufre el periodista. Sus continuos enfrentamientos con las autoridades y la censura en el periódico—su página *Castilla en escombros*, a través de la cual se denuncia la mala situación de los campesinos castellanos, y su rebeldía ante las limitaciones de la libertad de expresión nunca gustó a los censores— lo llevan, por dignidad personal, a dimitir como director de *El Norte de Castilla*, aunque siempre hubo de mantener el contacto y la colaboración. Aceptó la invitación de la Universidad de Maryland, donde permanece en 1964, el mismo año en el que su amigo, el editor Josep Vergés, publica el primer tomo de su *Obra Completa*.

Es obligado recordar que, siendo director del periódico, gracias a su generosidad y a su sensibilidad acertó en escoger y apadrinar a jóvenes colaboradores como Francisco Umbral, José Jiménez Lozano, César Alonso de los Ríos o Manu Leguineche, que posteriormente destacarían en la literatura y en el periodismo. Y también que, con una muestra de lealtad vallisoletana y familiar única, declinó años más tarde la muy atractiva propuesta de José Ortega Spottorno para trabajar en Madrid, en la dirección del periódico *El País*.

El año 1966, el hito incontestable de *Cinco horas con Mario* representa la perfección formal, el retrato descarnado de las dos Españas mediante la incorporación de las modernas técnicas narrativas, sin perder un ápice de su genuino es-

*Delibes presenta el
descarnado retrato de los
males que afligen a la
sociedad española:
la obsesiva memoria
de la guerra incivil,
la perduración de las viejas
y opresivas estructuras de
poder en el ámbito
campesino, el alocado
progreso que lleva al
deterioro de la naturaleza,
al abandono de la tierra,
a la pérdida del patrimonio
de la sabiduría popular*

tilo personal. El monólogo de Carmen ante el cuerpo yacente de su esposo es una pieza maestra de la literatura universal en la que la sutil crítica social y política trasciende el retrato psicológico de la protagonista. A partir de 1979 y

durante muchos años, Lola Herrera protagonizará la versión dramatizada, con un éxito de público y de crítica rotundo: otro hito, esta vez del teatro moderno español. En la década aún saldrán a la luz *La primavera de Praga* (1968) tras su visita a Checoslovaquia; *USA y yo*; dos volúmenes de su *Obra Completa*, la *Parábola de un naufrago* (1969), dedicada a «todos los oprimidos, a los del Este y a los del Oeste»; y el cuento «La milana», germen de *Los santos inocentes*.

La esposa ausente, la continuidad creativa y los reconocimientos

Los primeros setenta fueron portadores de un sinnúmero de ediciones, de la publicación de la novela *El príncipe destronado* (1973), el libro de relatos *La mortaja* (1971) –cuya versión televisiva obtuvo un claro éxito en el Festival de Montecarlo y el silencio despectivo del régimen en España–; y de varios diarios o crónicas personales, como *Un año de mi vida* o *Vivir al día*, ambos de 1972. También, de los máximos honores –su nombramiento como miembro de la Real Academia Española (1973) en el sillón «e»–; y el más duro y trágico golpe del destino: el fallecimiento de su esposa. Nunca se repuso de esta pérdida, como en más de una ocasión expresó sin falso pudor, y

como revelaban en su estudio los múltiples retratos y las fotografías que recogían la imagen de la plenitud del amor compartido por la pareja. A pesar de su melancolía y de su tristeza, entre 1975 y 1979, publicó las novelas *Las guerras de nuestros antepasados* y *El disputado voto del señor Cayo* (1978), con las que critica la penuria que lleva a la indignidad del sometimiento al cacique en los minifundios castellanos de la primera mitad del siglo.

A partir de los ochenta se multiplican los premios, los homenajes, los estudios sobre su obra, ante los que manifestó siempre una delicada y agradecida aceptación con la sobriedad de su carácter y sin un ápice de divismo. Su decimocuarta novela, *Los santos inocentes* (1981), recibe la aprobación unánime de la crítica. Manuel Alvar, en *El mundo novelesco de Miguel Delibes*⁴, destaca la maestría narrativa de *Los santos inocentes*: «... apenas si hay sustancia novelesca: el pobre deficiente que ama a sus pájaros y venga la muerte de la grajeta ahorcando al señorito Iván. Pero a cambio de esa poca sustancia (¿para qué hace falta más?) todo un inmenso mundo de humanidad y de humanidades, de ternura, de observación, de historia y de amor».

⁴ Madrid, Gredos, 1987, pp. 61-62.

Miguel Delibes, de Valladolid al cielo

Como en *Cinco horas con Mario*, *Las guerras de nuestros antepasados* o *El disputado voto del señor Cayo*, en esta novela Delibes presenta –y la presentación es denuncia efectiva, no partidista– el descarnado retrato de los males que afligen a la sociedad española: la obsesiva memoria de la guerra incivil que separa y anula la posibilidad de reconciliación; la perduración de las viejas y opresivas estructuras de poder en el ámbito campesino; el alocado progreso que lleva al deterioro de la naturaleza, al abandono de la tierra, a la pérdida del patrimonio de la sabiduría popular. No deja la pluma –escribe siempre a mano, y sobre el texto mecanografiado realiza las oportunas, precisas y mínimas correcciones–, y en 1983 publica la novela epistolar *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*; y en 1987, *337 Madera de héroe*, cuyo personaje recuerda algunos detalles autobiográficos, como su participación en la Marina.

Son años de reconocimientos cercanos –como el homenaje del VII Congreso Nacional de Libreros (1980), el Premio de las Letras de la Junta de Castilla y León (1984), Hijo Predilecto de Valladolid (1986), Doctor Honoris Causa por la Universidad de Valladolid (1984), la Complutense de Madrid (1987) y la de Alcalá (1996), entre otros–, y de los internacionales más presti-

giosos: Premio Príncipe de Asturias (1982), Chevalier de l'Ordre des Arts et des Lettres del Gobierno francés (1985), Premio Nacional de las Letras Españolas (1991) y Premio Cervantes (1993), etc. Sólo faltó la concesión del Nobel, injusticia histórica y ciega que también se negó a clásicos como Borges, Joyce, Nabokov, Zola, Ibsen, Proust, Tolstoy o Twain, cuyas obras perdurarán mucho más que la comisión sueca denegatoria.

Son también los años de la difusión de su obra a través del séptimo arte, con películas como *Los santos inocentes* dirigida por Mario Camus en 1984, que acercó definitivamente la obra delibeana al gran público, y que con la inolvidable interpretación de Francisco Rabal y Alfredo Landa fue premiada en Cannes; *El disputado voto del Señor Cayo* (1986) y *Las ratas* (1996), de Antonio Giménez Rico; *El tesoro* (1988), de Antonio Mercero; *La sombra del ciprés es alargada* (1990), de Luis Alcoriza; o *Una pareja perfecta* (1998), adaptación de *Diario de un jubilado*, de Francesc Betriú. La presencia en el séptimo arte de las novelas de quien inició su vida periodística precisamente como crítico cinematográfico no faltó nunca: antes de este período, ya se habían adaptado al cine *El camino* (1964), por obra de Ana Mariscal; *Mi adorado hijo Sisí* en

Retrato de familia, de Antonio Jiménez Rico (1976); o *El príncipe destronado en La guerra de papá*, dirigida por Antonio Mercero (1977).

Nuevos títulos e innumerables reediciones y antologías del maes-

*su obra nunca cae en la
tentación arcádica
de la exaltación irracional
y utópica de la naturaleza
castellana con la ciega
negación del progreso;
tanto en sus novelas como
en sus obras cinegéticas,
no critica la técnica en sí,
sino el mal uso que de ella
hace la sociedad olvidando
a los humanos*

tro Delibes alumbran la prosa castellana en las últimas décadas de su vida –la dolorida *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991) en la que sobrevuela la memoria de su esposa, «el equilibrio, mi equilibrio», como reza la dedicatoria de *Diario de un emigrante–; Diario de un jubilado* (1996), las misceláneas de artículos periodísticos *Pegar la hebra* (1991) y *He dicho* (1997), entre otras, a pesar de que su salud comienza a dar

signos de fragilidad, lo que le obliga a ser intervenido quirúrgicamente en 1998. Justo antes de este episodio vital trascendental, pone el punto final a la que será su última novela, *El hereje*, culminación de un oficio narrativo en el que se da el mejor Delibes y con el que obtiene nuevamente el Premio Nacional de Narrativa (1999). Ofrece un retrato muy vivo del Valladolid de la Contarreforma, en la que nos muestra los sutiles resortes y conflictos de la esencia humana y que se constituye en un verdadero alegato contra el fanatismo y la intolerancia.

En el mismo año se le otorga la Medalla de Oro del Trabajo; y desde entonces, el Doctor Honoris Causa de la Universidad de Salamanca (2008), la Medalla de Oro de Castilla y León (2009); se publicaron diversos trabajos periodísticos y ensayísticos, siempre con Castilla como telón de fondo.

Las crónicas de caza y el sentido de la Naturaleza

Si hay un rasgo que define el conjunto de la obra de Delibes y su auténtica personalidad, según propia definición, es la pasión que desde su infancia sintió por el campo y sus criaturas. Se revela en la prolífica producción de textos sobre la

caza, menos de la pesca aunque también. Son para él –y para sus hijos a los que transmitió la misma pasión– mucho más que meras actividades deportivas, porque el verdadero cazador es capaz de disfrutar de un placentero día de caza sin necesidad de disparar la escopeta: «el hombre-cazador o el hombre-pescador, que tanto monta, sale al campo, no sólo a darse un baño de primitivismo, sino también a competir, a comprobar si sus reflejos, sus músculos y sus nervios están a punto, y para ello, nada como cotejarlos con los reflejos, los músculos y los nervios de animales tan difidentes y escurridizos como pueden serlo una trucha o una perdiz silvestres»⁵.

He aquí, en la selección del adjetivo *difidente* ('que desconfía'), el ejemplo de uno de los rasgos más significativos de su lenguaje: precisión y riqueza léxica, que le llevan a utilizar términos poco habituales en el ámbito urbano, pero vivos en el rural. Toda su obra es un venero de palabras que, gracias a Delibes, dejan para otro tiempo su condena a la desaparición.

Una rápida revisión de sus títulos dedicados a la pasión por la naturaleza y por la caza demuestra su constancia inquebrantable, perma-

nente y hasta creciente en la defensa del *deporte de caballeros* que, adecuadamente practicado, contribuye, según repite una y otra vez, a la preservación de las especies y del medio ambiente y que le proporciona placer, horas de reflexión, momentos de sutil espiritualidad. *La caza de la perdiz roja* (1963), *El libro de la caza menor* (1966), sus crónicas de *Con la escopeta al hombro* (1971), la monografía *La caza en España* (1972), *Alegrías de la caza* (1977), *Un mundo que agoniza* (1979), *Las perdices del domingo* (1981), *Mis amigas las truchas* (1987), *Dos días de caza* (1988), *Mi vida al aire libre* (1989), *El conejo* (1991), *El último coto* (1992), la última del género, son libros en torno a la caza, pero no dejan nunca de tener una factura literaria, con un lenguaje fluido y conciso a la vez, en la que no falta tampoco la *construcción* del personaje.

En *La caza de la perdiz roja*, por ejemplo, con fotografías de Oriol Maspons, el diálogo entre «el Barbas», el experimentado «perdicero» Juan Gualberto, y «el cazador», el propio Delibes, fluye con reflexiones y comentarios sobre el ejercicio de la caza menor, la denuncia de las prácticas abusivas o la progresiva desaparición de la caza libre. Su discurso de ingreso a la Academia, *El sentido del progreso desde mi obra*, leído en 1975, es un verdadero alegato ecologista

⁵ *He dicho*, Barcelona, Destino, 1996, pp. 40-41.

cuando aún nadie hablaba de ecologismo. Como apunta Fernando Parra, mucho antes de la Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Ambiente Humano «... advertía sobre los peligros del deterioro ecológico en nuestro país, tanto en relación a la desaparición de hábitats y ecosistemas valiosos (...) como a la extinción de especies, como el urogallo, o los peligros para la fauna —cinégetica y no tanto— de los cambios de la agricultura con la creciente mecanización, aumentos del regadío, abonos, etc.»⁶.

Sin embargo, su obra nunca cae en la tentación arcádica de la exaltación irracional y utópica de la naturaleza castellana con la ciega negación del progreso. En este sentido, como bien dijo Umbral, «desnoventayochiza Castilla». Tanto en sus novelas como en sus obras cinégeticas, no critica la técnica en sí, sino el mal uso que de ella hace la sociedad olvidando a los humanos.

Su estilo narrativo

No es fácil señalar constantes en una obra tan fecunda como varia-

da. Se han propuesto muy diversas clasificaciones de su narrativa, pero todas resultan, por la originalidad del estilo delibeano, en cierto modo limitadas; y los críticos terminan reconociendo que está presidida por una clara unidad, aunque con gran riqueza de matices. Hay temas recurrentes, como la soledad que acompaña a sus criaturas, la obsesión por la muerte, la fuerza de la naturaleza, la lucha contra la intransigencia y el absurdo enfrentamiento entre los seres humanos, el sinsentido del cainismo tradicional español, y recursos estilísticos formales que mantienen una unidad esencial en la diversidad.

En *La sombra del ciprés es alargada* la muerte está presente en la obsesión del protagonista, con un cierto determinismo simbólico: la fatalidad —la sombra del ciprés— se cierne sobre unos, mientras que sobre otros se proyecta la cálida del pino. *Aún es día* es la tragedia del protagonista deforme que lucha contra un medio que sólo le ofrece pobreza, fracaso, mezquindad, y halla consuelo en el sentimiento religioso. En *Mi idolatrado hijo Sisí* recupera el tema de la muerte desde una dimensión ética, que supone el reconocimiento de los errores acumulados a lo largo de una existencia baldía en el marco de la sociedad burguesa. Si bien comienza en estas primeras

⁶ «Delibes al aire libre: Un ecologista de primera hora», en *Miguel Delibes. Premio Nacional de las Letras Españolas 1991*, Dirección General del Libro y Bibliotecas, Ministerio de Cultura, p. 88.

novelas con una concepción que podría clasificarse como tradicional y cercana al naturalismo, con pronunciamiento a favor del relato que refiere una historia, la clave de su originalidad está en la configuración del personaje a través de su propio lenguaje, la recreación desde dentro, en lo que expresa el personaje, sus sistemas de valores y creencias.

Preserva siempre la coherencia entre el ser interior de sus personajes y lo que éstos piensan o dicen; y explora y emplea nuevas formas para mostrar al lector, al que siempre tiene en cuenta, la perspectiva de sus criaturas. Les permite que se conviertan en narradores de sus vidas, sin la interposición de la interpretación del narrador. Umbral calificó este rasgo delibeano como «una suerte de ventriloquismo literario, una fabulosa capacidad de poner voces».

Así ocurre, por ejemplo, en *Camino*, donde la historia se expresa en los recuerdos de Daniel, el Mochuelo, un niño íntimamente ligado a la naturaleza, listo y observador, que revive sus vivencias y travesuras infantiles cuando su padre le obliga a ir a la ciudad para estudiar. Indirectamente, se plantea la reflexión sobre el progreso y la civilización, sobre la educación y el propio destino individual.

Cuando utiliza técnicas modernas, resultan siempre extraordinariamente eficaces y expresivas de la intencionalidad narrativa. Nada más lejos de la novedad formal por la novedad formal. Delibes cree firmemente en el lenguaje como instrumento de comunicación;

*el lenguaje coloquial fluye,
vivísimo, con anacolutos,
elipsis, frases hechas,
refranes, asociaciones
espontáneas, apelaciones
y vocativos, muletillas,
los tópicos del pensamiento,
engarzando unas ideas
en otras, reflejando el flujo
de la conciencia*

por lo que no admite que tratar de destruirlo sea –como pretenden algunos escritores de su época– el camino adecuado para la renovación artística. La base de la expresión es la lengua coloquial de sus personajes, en su ambiente propio, lo que permite que los percibamos como verdaderos seres de carne y hueso.

En *Diario de un cazador*, *La hoja roja* y *Las ratas*, la fuerza del lenguaje

es innegable: respectivamente, léxico coloquial y específico de la caza, jerga castiza, habla coloquial urbana, en el diálogo entre el perdicero y el profesor de instituto; la expresión popular de la analfabeta Desi y la del viejo oficinista Eloy, de la capital de provincia; y en el decir de los personajes que constituyen el retablo social de los extremadamente primitivos y desposeídos, el Ratero y el Nini.

Mucho más experimental en la forma, pero igualmente expresiva en relación con el valor del lenguaje, en *Los santos inocentes* la disposición del texto en prosa está más cerca de la lírica que de la narrativa convencional. El versículo, los rasgos coloquiales, la expresividad dialectal se insertan en el discurso de la voz narradora sin marca que los identifique, lo que da un extraño patetismo a la súplica que los inocentes humillados dirigen al insensible señorito:

la milana está enferma, señorito, te tiene calentura, / le informé, / y el señorito, / ¡qué le vamos a hacer, Azarías! está vieja ya, habrá que buscar un pollo nuevo, / y el Azarías desolado, / pero es la milana, señorito, / y el señorito, los ojos adormilados, / ¿y dime tú, que lo mismo da un pájaro que otro? (Libro primero: Azarías).

Uno de los recursos más hábilmente empleados para la cons-

trucción del personaje es el *monólogo interior*, al que Delibes prefiere denominar «diálogo interior», que ya aparece en su primera novela, aunque llega a su culminación expresiva en *Cinco horas con Mario*. Le permite ahondar en el alma humana tanto de Carmen Sotillo como del esposo muerto y descubrir las profundas diferencias entre ambos, a pesar de los muchos años de vida en común. El lenguaje coloquial fluye, vivísimo, con anacolutos, elipsis, frases hechas, refranes, asociaciones espontáneas, apelaciones y vocativos, muletillas, los tópicos del pensamiento, engarzando unas ideas en otras, reflejando el flujo de la conciencia.

(...) a ver si no, Mario, que tú siempre has sido como un niño chico, aunque luego estudiaras tanto y escribieras esas cosas que, no sé, a lo mejor estarían bien, no lo discuto, pero desde luego eran una tabarra, francamente, a ver por qué te voy a engañar y decirte una cosa que no siento. De ordinario, las personas que piensan mucho, Mario, son infantiles, ¿no te has fijado?, ya ves don Lucas Sarmiento, gustos sencillos y unas teorías absurdas sobre la vida, como filosóficas o qué se yo (cap. 6).

En *Parábola del naufrago*, el lenguaje se pone al servicio de la fábula superrealista a través de la cual traza una parábola de la aliena-

ción y, de paso, una sátira contra la destrucción del lenguaje y la vana retórica del totalitarismo. Jacinto, que apenas puede comunicarse con nadie, se desdobra y habla frente al espejo, con su propia imagen; y el narrador cuenta la historia en forma de dictados en los que los signos de puntuación se sustituyen por una indicación «(coma, punto, abrir paréntesis)», produciendo un efecto impresionante entre la sequedad del lenguaje y la magnitud de la tragedia vivida por el protagonista. Las consignas vacías de los militantes izquierdistas que van en pos de *El disputado voto del señor Cayo*, contrasta con el lenguaje de éste, con una gran variedad léxica referida a la realidad del entorno natural que los primeros desconocen, en diálogos vivos, con los que echa por tierra el tópico urbano de la ignorancia ancestral del campo.

En todos los casos, Delibes maneja el lenguaje con la maestría que hace que nada sobre, que cada elemento, palabra o recurso, sea significativo; y no sólo cuando hace hablar a sus personajes. También su relato ofrece magníficas descripciones, con un lenguaje preciso, sobrio, alejado de retóricas inútiles, pero siempre ajustado a la atmósfera que desea transmitir y que conviene a la escena y a la intencionalidad narrativa, y que en muchas

ocasiones está cargado de simbolismo y alcanza un poderoso tono lírico; incluso en donde menos cabría esperarlo por la dureza del relato, en *Las ratas*:

«Todo aconteció de repente. Primero fue un soplo tenue, sutil, que acariciaron las espigas; después, el viento tomó voz y empezó a descender de los cerros ásperamente, desmelenado, combando las cañas, haciendo ondular como un mar las parcelas de cereales. A poco, fue un bramido racheado el que sacudió los campos con furia y las espigas empezaron a pendular, aligerándose de escarcha, irguiéndose progresivamente a la dorada luz del amanecer. Los hombres, cara al viento, sonreían imperceptiblemente, como hipnotizados, sin atreverse a mover un solo músculo por temor a contrarrestar los elementos favorables. Fue el Rosalino, el Encargado, quien primero recuperó la voz y volviéndose a ellos dijo:

—¡El viento! ¿Es que no lo oís? ¡Es el viento!

Y el viento tomó sus palabras y las arrastró hasta el pueblo, y entonces como si fuera un eco, la campana de la parroquia empezó a repicar alegremente y, a sus tañidos, el grupo entero pareció despertar y prorrumpió en exclamaciones incoherentes, y Mamés, el Mudo, babeaba e iba de un lado a otro sonriendo y decía: «Je, je». Y el Antoliano y el Virgilio izaron al Ni-

ni por encima de sus cabezas y voceaban:

–¡Él lo dijo! ¡El Nini lo dijo!».

Tras la obra, el narrador y la persona

El Delibes escritor y narrador, que llegó a la literatura en parte y como él mismo reconoce por casua-

todos los personajes están delineados con una ternura comprensiva que, tras su retrato y su circunstancia narrativa, tiene un significado moral esencial: toma una deliberada postura por el débil

lidad, nunca se ha identificado con grupos o corrientes literarias; y tiene mucho de autodidacta y de paradigma del poder de la lectura. Como ha dicho más de una vez, el escritor se nutre de sus lecturas desde las de la más tierna infancia –Perrault, Andersen–, y posteriormente «viene una desconexión con estos autores infantiles, y paso a una época en que me empezaron

a gustar los novelistas de horizontes abiertos, como eran Oliver Curwood y Zane Grey»; el prolífico Emilio Salgari, «el novelista del puro disparate aventurero, pero que también llenó una época de mi vida». Influencias reconocidas que coinciden en la exaltación del poder de la naturaleza, de los ámbitos abiertos.

Como apuntó en una entrevista: «Esto es lo que estimo que hay de particular en mí: esa atracción por el novelista de aire libre por encima del novelista de imaginación. Luego, aunque tardía, llega la lectura de grandes maestros. Ya no sé ni en qué orden se efectuaron estas lecturas. Sí puedo decir que me ha gustado mucho Julien Green, el americano afrancesado. También me siguen interesando mucho Proust, Dostoyevski, Chejov, Virginia Woolf –a pesar de su complejidad expositiva– y otros autores americanos e italianos. He leído prácticamente de todo, sin olvidar los clásicos españoles».

La lectura de algunas de sus novelas nos llevaría a añadir a la serie a Kafka, Faulkner, Tolstoi, Unamuno, Cervantes, Galdós, entre otros.

Para la creación de personajes y de historias, muchas veces se ha inspirado en la observación de seres humanos reales, lo que no ha dudado en reconocer. Como ma-

nifestó en el acto de concesión del Premio de las Letras Españolas en 1991, «(...) una novela es una historia encaminada a explorar las contradicciones que anidan en el corazón humano y, por tanto, requiere, al menos, un HOMBRE, un PAISAJE y una PASIÓN». El paisaje es el campo castellano y la ciudad provinciana; la pasión, el desencadenante de las acciones humanas; los personajes, el hombre, casi siempre marginados o perdedores, antihéroes a los que vence el mundo que los rodea.

De ahí que en muchas ocasiones, al lector le sobreviene tras la lectura de novelas como *Las ratas* o *Los santos inocentes*, un cúmulo de sentimientos y emociones que rozan la melancolía, que mueven a la compasión o a la rebeldía ante la injusticia. Pero todos los personajes están delineados con una ternura comprensiva que, tras su retrato y su circunstancia narrativa, tiene un significado moral esencial: toma una deliberada postura por el débil.

La ternura no siempre está a flor de piel, porque muchos personajes son primarios y bruscos, pero todos sufren el acoso del individuo por parte de la sociedad. Tanto el Nini de *Las ratas*, que tiene que cazar y comer estos animales para sobrevivir, o el Azarías de *Los santos inocentes*; como el burgués

Cecilio de *Mi idolatrado hijo Sisí*, a pesar de la diferencia de clase, son igualmente seres frustrados y acosados por un entorno social implacable. Como apuntó Alarcos, el conjunto de la obra narrativa de Delibes muestra su modo de ser en el mundo: un equilibrado cristianismo nada dogmático y en el que no falta la misericordia, un credo humano que busca el equilibrio entre individuo y sociedad, entre naturaleza y sentimiento; precisamente porque no se da en la realidad.

Lejos de posiciones ideológicas o políticas, otra dimensión auténtica de Delibes como ser humano es su actitud insobornable ante el cercenamiento de la libertad de expresión, situaciones que tuvo que vivir como periodista y que contestó siempre en un ejercicio valiente de compromiso e independencia. Se opuso a la censura, denunció la postración del campo castellano, y desafió al régimen con la incorporación de redactores *no oficiales*, con la atención prestada a los primeros movimientos obreros o estudiantiles, con una manifiesta resistencia a seguir cerrilmente las consignas oficiales. Antes de claudicar de estos principios, optó por la dimisión; pero no cejó en su empeño, y proyectó el mismo compromiso a su literatura, incluso de forma más intensa e incisiva, en

obras como *La censura de prensa en los años 40* (1985), o en los artículos publicados en diversos medios de comunicación, entre ellos, *Informaciones*, *Mundo hispánico*, *Ya*, *ABC*, *Triunfo*, *Cuadernos para el diálogo*, *El Semanal*, de Madrid; *Agencia Serco*, *Agencia EFE*, *Vida deportiva*, *El Noticiero Universal*, *El ciervo*, en Barcelona, etc.

No siempre su actitud crítica y comprometida ha sido bien valo-

*en 1965 inauguró el
Aula de Cultura de
El Norte de Castilla
con una conferencia
de Julián Marías; y en este
foro de ideas tuvieron
cabida las voces de los
intelectuales más
destacados, sin limitar
su presencia por razones
ideológicas, con lo que
tuvo que afrontar más de
una situación difícil
con la autoridad*

rada. Algunos han confundido erróneamente compromiso, crítica y realismo con pesimismo, nihilismo o incluso cierta misantropía.

Nada más lejos de la realidad. Como respuesta, cabe recordar sus palabras: «La hurañía es algo que me ha caracterizado desde niño. Pero me parece que debo hacer una distinción: sí me gusta reunirme con la gente y conversar. Lo que no me gusta es conversar con la gente a codazos. A mí me agradan los espacios abiertos, me gusta la naturaleza, y también me alegra conversar con mis semejantes uno a uno, dos a dos, o tres a tres, pero no más»⁷.

Lo que hay de pesimismo existencial está en la realidad presentada, a modo de invitación a la empatía y al cambio necesario, en definitiva, a la esperanza. Menos conocido es el papel de Delibes como promotor cultural, siempre comprometido. En 1965 inauguró el Aula de Cultura de *El Norte de Castilla* con una conferencia de Julián Marías; y en este foro de ideas tuvieron cabida las voces de los intelectuales más destacados, sin limitar su presencia por razones ideológicas, con lo que tuvo que afrontar más de una situación difícil con la autoridad. También se debió a su iniciativa la creación

⁷ «Miguel Delibes. Un castellano de tierra adentro», entrevista por JOAQUÍN SOLER SERRANO, *Escritores a fondo. Entrevistas con las grandes figuras literarias de nuestro tiempo*, Barcelona, Planeta, 1986, p. 17.

del Cine Club *El Norte de Castilla*, con la película *Ciudadano Kane*, de Orson Wells.

En una perspectiva más íntima y familiar, de su generosidad no sólo se beneficiaron los colaboradores del periódico a los que apoyó en sus carreras literarias y periodísticas e hizo sus amigos, también nacieron los relatos para niños *Tres pájaros de cuenta* (1982), dedicado «a mis nietos que desde que nacen ya se interesan por los pájaros»; y *Mi querida bicicleta* (1988). Un gesto inédito en el mundo de las letras por su conciencia y compromiso social, aunque menos conocido: donó los dos millones de pesetas recibidos por el Premio de las Letras que le concedió la Junta de Castilla y León en 1984, a *Cáritas*, para atender a «los más desheredados de la región». En éstos y en otros muchos hechos, Delibes siempre ha actuado como un hombre bueno, como diría Machado, en el mejor sentido de la palabra *bueno*.

Una despedida agridulce

El pasado mes de diciembre, en el acto en el que se presentaron los dos primeros volúmenes de la *Nueva gramática de la lengua española* de la RAE y la Asociación de

Academias Hispanoamericanas, se proyectó lo que sería su última aparición pública. Una emoción contenida, a un tiempo melancólica y gozosa, invadió a la multitud que asistía al acto. Sonaba a despedida, pero también a un generoso reconocimiento del trabajo de sus compañeros académicos, a pesar de su frágil salud: «Queridos amigos. Lamento no poder asistir a la presentación de la Nueva Gramática, pero mi salud —no tan boyante como yo desearía— y los años me lo impiden. Sin embargo, me siento orgulloso del trabajo ímprobo de mis compañeros y de que tantos de los textos de mis obras figuren como ejemplo del habla de Castilla, la que yo aprendí de niño, la que oí más tarde, perfeccionada, de la boca desdentada de los viejos castellanos en las plazuelas de nuestros pueblos. Mi mayor deseo sería que esta Gramática fuera definitiva, que llegara al pueblo, que se fundiera con él, ya que, en definitiva, el pueblo es el verdadero dueño de la lengua».

Hoy sólo nos queda recordar la dignidad de su persona, su humanidad, su libertad de pensamiento, su exquisita educación, su ejemplo de ciudadano ejemplar con sensibilidad y anhelo de justicia social; y releer su obra, en la que laten y viven éstas y otras mu-

chas virtudes tuyas. Para este transitar es buena compañía la evocación poética que de su persona hizo Jorge Guillén⁸:

Admiremos al hombre auténtico de veras, / que sabe organizar su vivir y

⁸ MANUEL ALVAR, *El mundo novelesco de Miguel Delibes*, Madrid, Gredos, 1987, p. 114.

sus libros, / muy al tanto de todo, sin inclinarse a nada, / porque son tan ajenas / al manantial continuo de gran inspiración; / auténtico vivir cuajado en escritura / límpida, magistral, y así tan convincente, / un arte narrativo que recrea / campo y ciudad, sus luces y sus ideas, / profundos los paisajes minuciosos, / vegetaciones, hombres, animales, / en medio el cazador. ■